

Los críticos elogian los libros de historia, diciendo que son tan interesantes como la más apasionada novela. Con más verdad pudieran decir de las buenas novelas, que apasionan tanto como la historia, cuyos incidentes y dramas tienen de sorprendente y de grandioso tanto que supera á cuanto puede hallarse de tal carácter en las más emocionantes escenas e intrigas inventadas por los novelistas de imaginación más poderosa.

Y para ilustrar con recientísimo ejemplo esta proposición—como en retórica se diría,—no sé ni creo que exista en el teatro ni en la novela situación tan interesante como la que en una información de tres líneas aparece en los diarios del 4 de julio último:

"S. M. la emperatriz Eugenia, acompañada por el señor conde Primoli y por el señor Pietri, visitó ayer el castillo de la Malmaison."

"La emperatriz Eugenia en la mansión de la emperatriz Josefina: La emperatriz destronada, en aquella Malmaison, donde sin violentar mucho la fantasía, se oyen resonar aún los sollozos de la emperatriz repudiada. El tema es espléndido; las circunstancias y los incidentes de esta visita la bordan de brillantes festones y de preciosos motivos."

En 1867, en vísperas de inaugurarse la Exposición Universal, que aquel mismo año llevó á París la más numerosa cohorte de soberanos, que jamás se reuniera, y que marcó el triunfal apogeo del Imperio en la paz, la emperatriz Eugenia discutió—para dar mayor interés, decía,



Retrato de la emperatriz Eugenia, por Winterhalter

el *Moniteur*, á la visita que los monarcas extranjeros hicieron á los palacios imperiales, — discutió, decíamos, reunir en el castillo de la Malmaison, recientemente rescatado por Napoleón III, los muebles, cuadros y objetos diversos que adornaban cuando allí vivía Josefina. Y á fuerza de paciencia de buscar, pudo reconstruir con sus muebles mismos el cuarto en que su infeliz predecesora vivió sus últimos años de tristeza y su salón, su tocador, y las piezas esenciales de la histórica morada.

Pero no es esta reconstitución por ella dispuesta y también llevada á cabo, lo que la emperatriz pudo ver



La emperatriz Eugenia en la Malmaison. (Cuadro de Prudhon)



La emperatriz Eugenia y el príncipe imperial en 1862. (De una fotografía de la época)

de nuevo. Vendido después de la guerra el histórico dominio, no volvió á la posesión del Estado hasta que en estos últimos años hizo de él donación generosa M. Osiris, su último dueño. Los muebles, los bijuterías, los recuerdos de Josefina habían sido de allí retirados, olvidados y dispersados, y precisó buscarlos, reunirlos, reposerlos en su puesto y lugar debidos. La emperatriz colaboró en tan piadosa empresa; donó no pocos objetos, que personalmente pudo haber y rescatar, y dirigió con sus consejos la no fácil tarea. Y esta restauración de su reconstitución anterior es lo que en la Malmaison pudo ver la ex soberana.

Ebelta y erguida en su enlutado traje, la emperatriz se detuvo ante las reliquias de la otra emperatriz.

(Sigue en la pág. 23).

